

los edificios modestos del llano, y nadie se acercaba a Motos sino en son de paz. Concordaba el castillo montaraz con el sitio agres- te en que fue levantado, con las nubes espesas frecuentes, con las águilas y con el misterio verde de las próximas selvas de Bronchales y de Orihuela del Tremedal, ya en territorio de Albarracín. Recibe del presente aislamiento una tremenda y mu- da majestad pétreo, que turban con el favor de la noche en el ánimo de la cautiva los duendes vocingleros.

La flor oculta en una gruta no se consume con mayor des- dicha que esta bellísima doncella aragonesa raptada por el caballero de Motos, en el recato de la torre silenciosa, muy cerca de las nubes revueltas en la fuga de los gélidos vientos inverna- les de la serranía. Permanece insensible en medio del frío y de las tinieblas, que apenas aclara goteante almenara detrás, cla- vada en los intersticios del muro, con la osadía demencial del ave en el vértice de un mástil. Su alma prisionera se alivia del clima helado, del cielo oscuro, del silencio medroso, del paisaje desierto, con el espectáculo de la nieve, que se extiende como alba vestidura sin fin hasta más allá de Ródenas, Tordesillas, Alus- tante y Monterde. En el caserío ha vestido de novia la vieja pa- rroquia de San Pedro Apóstol, y de albo monaguillo la ermita de San Sebastián. La cautiva solloza y recuerda entonces el mármol blanco y frío que guarda las cenizas de su madre, a cuyo lado anhela descansar.

Aterida, se refugia en su cámara, cabe la enorme chimenea encendida con troncos de encina, a disfrutar de la muda com- pañía de los mansos mastines y del ciervo domesticado, cuya enamada testa abatía en tiempos la tierna gala de los montes, felices en su libertad. Los animales se tienden a sus pies cuando suscita la angustia honda y trémula del arpa, mientras afuera se desmaya la luna sobre las nevadas almenas en la noche in- mensa, sudario blanco y torvo que es anuncio de la muerte.

Así escapa la bellísima y pálida doncella a su cautiverio, por la mística escala del canto encumbrado y solitario. Cultivaba el divino atributo a la manera de pío ejercicio que consume la vida y apresura el tiempo. Esperaba la hora última con himno melo- dioso, por merecer de tal modo el sitio que la fe cristiana augura entre las aladas y errantes. Venturosa esperanza de la linda cau- tiva del castillo de Motos, rescate liberal del duro encierro a que la redujo el mal caballero don Beltrán de Oreja, el que se hizo llamar con espanto Alvaro de Hita en los límites de la comarca molinesa.

Cuando el Rey don Fernando el Católico, que acabó con el feudalismo separatista, en pro de la unión de España, mandó destruir, según consigna el cronista Jerónimo de Zurita en sus